

Prof. Dr. Roberto Perdomo (1922 – 2010)

Dr. Ciro Ferreira

Sería imposible resumir en algunas líneas lo que fue la larga y proficua vida de uno de los médicos cirujanos más destacados que tuvo nuestro país en la segunda mitad del siglo XX.

Seguramente el tiempo servirá para aquilatar los valores de este gran hombre, que brilló por su inteligencia, sus valores morales, éticos, humanistas y que sobresalió (sin quererlo) entre sus pares, constituyéndose en un ícono y un referente obligado de múltiples generaciones de estudiantes de medicina. Estos recibieron sus enseñanzas en las aulas de la Facultad de Medicina, hospitales públicos y Centro Asistencial del Sindicato Médico del Uruguay (dedicación exclusiva), donde practicó la docencia y el arte de esta ciencia empírica que abrazó con seriedad, mesura calma, disciplina, dedicación, amor y cariño.

Veía a sus pacientes como un ser integral, el quebranto de salud era un accidente más en su existencia; no trataba una enfermedad en un cuerpo humano ocasional y extraño.

Decía que los familiares, preocupados, buscaban la recuperación del enfermo y su restablecimiento precoz, lo cual era positivo aunque a los ojos del médico podían parecer demandantes sin razón.

El vínculo profesional y la confianza en esa relación eran el “leitmotiv” que guiaba la prosecución diagnóstico terapéutica. Roto el mismo las consecuencias eran impredecibles, independientemente de los resultados que se obtuvieran.

Recordaba que la profesión médica era gratificante si se dignificaba con ética, sentido de solidaridad y tendiendo la mano al prójimo en actitud de servicio. Es que la vida, tan efímera, solo vale la pena vivirla cuando damos algo de nosotros mismos sin pedir nada a cambio.

Noemí Villamayor, su esposa y compañera de toda la vida (el 20 de enero del 2011 cumplirían 50 años de casados), sus hijos Nicolás, Pablo y Bettina, rememoran que en su consultorio y en su casa recibió como médico a todos por igual. A su manera, practicó la equidad y nunca cobró la consulta en tiempos de medicina privada, a pacientes de escasos recursos.

Su libro *Semiología Quirúrgica* (vigente y texto de estudio en muchas universidades de América Latina) tiene la característica de lectura fácil y racional. Supimos, al conocerlo personalmente, que era una recopilación ordenada de sus clases impartidas y de las dudas que tenían los estudiantes a la hora de aplicar al diagnóstico quirúrgico los conocimientos aprendidos en los textos clásicos de la especialidad.



En sus largas charlas de intercambio con sus discípulos fomentaba el trabajo en equipo, las salidas de campo en forma interinstitucional e interdisciplinaria, a las que lo acompañamos junto a Carmelo Álvarez y tantos otros. Hacía extensionismo universitario desde la clínica “F” del profesor Luis Praderi. Fomentaba la investigación en terreno en enfermedades que según él había que prevenir y diagnosticar precozmente para evitar llegar a la etapa final de tratamiento quirúrgico, al que consideraba un fracaso en la lucha contra el mal. Para él, el cirujano era un aprendiz de brujos en el block quirúrgico tratando la Hidatidosis, “mal avergonzante” producto de la incultura y del subdesarrollo.

Innovó y creó técnicas quirúrgicas reconocidas a nivel mundial como la “Desconexión Quisto Biliar para el Quiste Hidático de Hígado”. Decía que la Equinococcosis, enfermedad considerada benigna, era muchas veces tan o más maligna que el Cáncer, y era posible prevenirla con el simple gesto de no darle achuras a los perros. La consideraba entonces una “enfermedad cultural” donde el hombre era el gran responsable de su persistencia.

No voy a insistir en su bibliografía que brillantemente ha sido desarrollada en los trabajos de Antonio Turnes en la página web <http://www.smu.org.uy/socios/obituario/inmemoriam/perdomo.htm> y Juan José Arén en el Diario Médico (<http://eldiariomedico.com.uy/diarios/a13/diario%20118.pdf> página 3).

Solo quiero esbozar algunos detalles que hacen a la historia de este hombre que vivió su niñez en la Teja, que estudió primaria en la escuela pública y en el colegio San Francisco de Asís, concurrió al liceo nocturno y trabajó como cadete en el Palacio de la Música. A posteriori ingresó a la Marina, de ahí su apodo de “Pope” o “Popeye”, como le decían sus amigos. Se recibió como médico cirujano en 1953, exonerado del pago de título por su alta escolaridad. Profesor agregado de Cirugía y profesor emérito de la Facultad de Medicina del Uruguay. Publicó innumerables trabajos científicos y recibió con la inmensa y envidiable humildad que lo caracterizó, muchas distinciones académicas y honoríficas. Transmitió la lógica de pensar “el qué, el cómo y el cuando” hacer las cosas. Prefería enseñar en la policlínica, al lado del paciente “que tenía nombre y apellido y no era un número más”. De conceptos claros para encarar las patologías más frecuentes que iba a ver el médico general en la consulta de todos los días.

Hombre culto, gran lector, amante del teatro, la música y los viajes por motivos científicos que aprovechaba para cargar su “mochila” de recuerdos. Según él, era lo único que nos llevábamos al final de la vida.

En los últimos 15 años padeció una enfermedad que lo fue invalidando físicamente, sin perder nunca la lucidez que lo caracterizó. Quería que lo recordaran como había sido, restringió por ello su contacto con el mundo exterior y con sus amistades que tanto había cultivado.

Algunos compañeros de estudio y de la juventud se fueron antes que él. Regularmente compartió la tertulia de un café en el bar Costa Azul, como el “viejo marinero” que recuerda sus hazañas. Estuvieron entre otros: Francisco Amor, Mario Benaderet, Mariano Cármes, Eneas Terra y Franciullo.

No escabulló su compromiso fraterno y solidario en épocas difíciles del gobierno de facto. Su segunda profesión le enseñó que “cuando el barco despliega las velas en el mar, se encuentra la libertad”.

Otros lo acompañaron largo tiempo como sus ayudantes quirúrgicos en el CASMU, César Armand Ugon y César Pereira Borrelli fueron algunos.

Constituyó junto a Martín Harretche una memorable guardia de cirugía del Hospital Maciel, por la que pasaron como “leucos” prestigiosos cirujanos que se radicaron en todo el país e incluso en el exterior. Eduardo Ribeiro, radicado en Florianópolis (Brasil) fue uno de ellos.

Durante años y ya jubilado siguió acompañándonos en el Hospital de Tacuarembó en actividades “extramurales” de detección precoz de quiste hidático por ecografía y en

las intervenciones quirúrgicas de estos pacientes. Mantuvimos hasta sus últimos días un contacto permanente, aunque fuere telefónico. Nos aportaba sabios consejos que mantenían viva esa llama hipocrática del maestro que transfiere sus enseñanzas. Con él conocimos en Córdoba (España) el monumento a Maimónides y su juramento que atesoramos en nuestro escritorio como una de esas grandes obras que han dado los sabios de la humanidad.

Creía que la cirugía debía adaptarse a cada persona en particular con protocolos hechos “a medida” y donde el principio rector era el de “primum non nocere”.

En el 2003 decía: “cuando se va la vida y enfrente en mi ser las enfermedades, pienso cada vez más en la mesura y las actitudes moderadas que debemos tener para con los pacientes, en los actos médicos desmedidos. Debemos reparar sobre aquellas conductas irreversibles a las que hoy les temo más que a las enfermedades en sí mismas.”

Fue consecuente hasta el final con lo que practicó. Su ser se apagó lentamente y su voluntad que fue cumplida, quedó plasmada en estas breves líneas: “Deseo ser cremado y que se haga lo que se quiera con mis cenizas, no quiero velorio ni exposición de cuerpo. Comunicarlo solamente a mis amigos más íntimos y que no me envíen flores. No quiero que me mantengan vivo con medidas artificiales. Sobre todo no quiero ser intubado por vía respiratoria. Pido que se me ahorren sufrimientos inútiles en caso, por ejemplo, de neoplasia incurable o incapacidad para valerme por mí mismo por daño cerebral u otro equivalente. Roberto Perdomo”.

Creo que deberíamos reflexionar sobre estos y tantos conceptos que nos legó, en un mundo donde el avance vertiginoso del conocimiento no nos deja tiempo para escuchar y compartir ideas con ese “círculo de veteranos”. Otras sociedades (como él lo decía) mantienen con orgullo estos “colegios de viejos sabios” dándoles un lugar de privilegio en las instituciones. Es una forma de mantener la identidad, de preservar los valores, de disminuir la brecha entre los que se van y los que vienen y de aprovechar el legado de los que nos precedieron. Una forma en fin, de que las ideas no caigan en “saco roto”.

Estos son algunos recuerdos que nos llenan de ternura, mitigan nuestro pesar por su falta física inevitable pero no espiritual, porque concientemente o no, su presencia continúa en todos los que lo conocimos.

Como la materia se transforma y genera nueva vida, el “Pope” vive en nuestros corazones y en el pequeño lago del Cementerio del Norte, junto a su madre. Allí concurría junto a su hijo Pablo, manifestándole el deseo de que sus cenizas fueran esparcidas en el mismo.

Nuestro deber es tomar su ejemplo, pulir la piedra bruta, perfeccionar sus enseñanzas y tratar de emular a este ser superior.

A su familia y a todos sus amigos, un gran abrazo